

# SAN PABLO VI, DISCÍPULO DE SAN BENITO<sup>1</sup>

*Patrice Mahieu, OSB<sup>2</sup>*

En el otoño de 1973 tiene lugar en Roma el Congreso de Abades Benedictinos, que reúne cada cuatro años a los superiores de los monasterios benedictinos autónomos pertenecientes a la Confederación benedictina. El 1º de octubre ellos son recibidos por el Papa Pablo VI quien les dirige unas hermosas palabras donde insiste sobre la primacía de la vida interior y la importancia de la oración litúrgica. Pero una vez terminada la lectura de la exposición preparada, el Santo Padre improvisa.

Y ahora unas últimas palabras: un pequeño recuerdo personal. Cuando yo era niño, iba a una ciudad cercana a mi ciudad de origen. Yo soy de Brescia, y la ciudad a donde iba es Chiari. Una persona venerable, quien luego fue obispo de Mantua, Mons. Menna, gran amigo de los benedictinos, restauró un convento franciscano adaptándolo como se podía al estilo, usos y necesidades de una comunidad benedictina. Esta comunidad benedictina provenía de Marsella, estaba exiliada y tenía como cabeza a un gran abad; me acuerdo bien, y desde la infancia yo lo admiraba. Se llamaba Dom Gauthey.

Tuve la oportunidad de ir varias veces allí, y era el único fiel presente; pero les cuento que experimentaba un sentimiento de éxtasis por el modo como ellos celebraban las ceremonias sagradas, y sobre todo por la maestría con que ejecutaban el canto gregoriano. [...] Esta impresión, el hecho de que la oración se hacía, diría yo, por la oración misma, sin que fuera recibida ni participada por nadie, salvo por los que la proferían

---

1 Traducción del texto original en francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb. Abadía *Gaudium Mariae*, Córdoba, Argentina. Publicado en inglés en *American Benedictine Review* 70:1, marzo 2019.

2 Monje de la Abadía de Solesmes.

y por el cielo a la que estaba destinada, marcó mi alma, todavía muy joven, y esta impresión fue una de las razones, uno de los motivos, por los que quise entregar mi vida al servicio del Señor<sup>3</sup>.

Después de la canonización del papa Pablo VI, es importante conocer mejor una de las fuentes de su espiritualidad, que ha orientado toda su existencia en la tierra y que ha repercutido en su modo de desempeñar las responsabilidades que le fueron confiadas. Pablo VI fue un fino conocedor de la *Regla* de san Benito, de la vida monástica, y la influencia que ella ejerció sobre él supera en mucho a la de una simple atracción, incluso espiritual. Giovanni Battista Montini a lo largo de toda su vida amó a los benedictinos, se inspiró en su manera de ser y encontró en ellos maestros y amigos.

Sin perder de vista que una característica de la formación de G.B. Montini es el eclecticismo, nosotros vamos a intentar demostrar en qué sentido se puede hablar de Pablo VI como un discípulo de san Benito.

## **I. La experiencia monástica en la vida de Giovanni Battista Montini**

### **a. El descubrimiento de la tradición solesmense en Chiari**

Los acontecimientos históricos son los que permitirán al joven Giovanni Battista Montini el descubrimiento de la vida monástica benedictina, y en primer lugar, de la familia monástica de Solesmes.

Fundada en 1865 en Marsella, por Dom Próspero Guéranger, primer abad de Solesmes, la abadía Santa Magdalena debió tomar el camino del exilio hacia Italia a causa de las leyes anticlericales francesas. Después de un tiempo pasado en el Valle de Aosta, luego en Liguria y sobre el lago de Como, la comunidad de Marsella encontró refugio en Chiari, en la provincia de Brescia. El antiguo convento franciscano, San Bernardino, le fue ofrecido en alquiler por Mons. Domenico Menna, futuro obispo de Mantua.

El 10 de julio de 1910, vísperas de San Benito, tuvo lugar en el monasterio una celebración, bajo la presidencia del venerable obispo de Brescia, Mons.

---

3 PAOLO VI, *Discorso ai monaci*, Padova, Edizioni Messaggero, 1982, p. 219.

Giacomo Pellegrini, quien, no obstante sus 83 años, quiso dar testimonio de su afecto y su apoyo a los monjes inaugurando la vida monástica y bendiciendo el monasterio. La población estaba al tanto de los acontecimientos gracias especialmente a los artículos del *Cittadino di Brescia*, cuyo redactor en jefe no era otro sino Giorgio Montini, el padre de Giovanni Battista.

La fascinación por la vida monástica hace nacer en el corazón del joven Montini la pregunta de una posible vocación monástica. Piensa por momentos en pedir entrar en la comunidad y se abre hacia este proyecto con algunos monjes con los que está más relacionado. Ellos son el Padre Abad, Dom Gauthey, y Dom Denys Buener, uno de los padres hospederos, quien fue confesor del joven. Pero ellos le desaconsejan comprometerse en esta dirección, a causa a la vez de su mala salud y de sus disposiciones para una vida activa. ¡La Providencia tenía puesta su mirada!

Una vez pasada la *maturità classica*, equivalente a nuestro bachillerato, el joven entra al seminario, como externo, a causa de su frágil salud. Su profesor de derecho canónico no es otro sino Mons. Domenico Menna, quien habita en Chiari. Esta es una razón suplementaria para Giovanni Battista, de frecuentar a San Bernardino, cuando se dirige a casa de Mons. Menna para los cursos.

A lo largo de toda su vida, Giovanni Battista Montini permanece en relación epistolar con algunos monjes y los abades de la comunidad que se traslada a Hautecombe, en Saboya, en octubre de 1922. Don Giovanni Battista se dirige por otra parte hacia el nuevo lugar de residencia del Monasterio en el verano de 1924 y vuelve a encontrarse allí con los monjes que había conocido en Chiari. El 2 de agosto escribe a su familia:

Ya he pasado en Hautecombe casi dos semanas muy buenas. El tiempo no ha sido muy favorable, pero como mi tratamiento particular es una cura de reposo, no puedo quejarme de no haberlo aprovechado cómodamente. Y además, la atmósfera benedictina es siempre simpática. Está relacionada con la simplicidad cordial y señorial con la que tratan al huésped, y especialmente con el oficio litúrgico magnífico, austero, melodioso, que es la parte principal de la vida casi contemplativa de los monjes<sup>4</sup>.

---

4 Giovanni Battista MONTINI, Carta, 2 agosto 1924, n. 328, *Lettere ai Familiari*, t. 1, Brescia,

Una carta nos parece muy significativa. En 1965, el monasterio Santa Magdalena festeja el centenario de su fundación. Pablo VI envía entonces una carta autógrafa a Dom Edouard Dupriez, abad de Santa Magdalena. La parte central de la carta presenta la naturaleza de la vida monástica, como Pablo VI la concibe.

¡Cómo apreciamos esta fidelidad al servicio de Dios! Nos los felicitamos, hijos queridos, por haber tenido a bien, siguiendo a sus predecesores, dar toda su amplitud a su hermosa vocación contemplativa. La misión de los monjes benedictinos en la Iglesia, nos complace afirmar al final del concilio Vaticano II, sigue siendo la oración permanente por las grandes intenciones de la Iglesia. Esta misión implica también –aquí está la meta de ustedes– la ofrenda de sí mismos a la divina Majestad, que se traduce por medio del trabajo realizado con un gran amor a Dios: *Ora et labora*.

## **b. La abadía de Monte Casino y San Anselmo**

En septiembre de 1919, los estudiantes católicos italianos de la FUCI<sup>5</sup> organizan en Monte Casino un encuentro que tiene a la vez características de retiro espiritual y de congreso. El objetivo es, al salir de la primera guerra mundial, rehacer sus energías espirituales en la paz del espíritu y del corazón<sup>6</sup>.

En una carta dirigida a su abuela paterna, Francesca, el joven Montini establece un vínculo entre su gusto por el ideal benedictino experimentado aquí en Monte Casino y los valores recibidos de su tradición familiar.

---

Istituto Paolo VI, 1986, pp. 320-321.

5 La FUCI es la Federación universitaria católica italiana, cuyo ayudante eclesiástico es G. B. Montini desde 1925 hasta 1933

6 Pablo VI lo menciona oralmente el 24 de octubre de 1964: “En septiembre de 1919, cuando era ya estudiante en teología, sin haber todavía revestido el hábito eclesiástico, me uní a un grupo de estudiantes, guiados por el inolvidable Mons. Giandomenico Pini, para efectuar un retiro en esta abadía –de Monte Casino– con el objetivo, después de la guerra, de volver a dar vida a la FUCI ya tan meritoria”, cf. *Osservatore Romano*, 1964, n. 250, 28 oct. p. 3.

Allá arriba, también aprendí a apreciar más profundamente lo que debo a quienes, al prepararme una familia como la nuestra, me han vuelto capaz de gustar las severas y luminosas bellezas de esta casa de oración y de trabajo. [...]. En todas partes se transparenta el esfuerzo por alcanzar una doble perfección: la perfección religiosa y la perfección humana, y precisamente la palabra de san Benito sostiene este esfuerzo: “*ora et labora*”. Además, hay el espíritu benedictino que predomina, yo diría de modo aristocrático, en la liturgia perfecta que excluye todo lo que agregamos al culto de hiperbólico y artificial, porque todo es exquisito, preciso, perfecto. En resumen, esto te agradecería mucho<sup>7</sup>.

Vuelve a ir, de manera privada, a Monte Casino en 1930, para efectuar un retiro espiritual, del 1º al 6 de junio. En efecto, este año marca el décimo aniversario de su ordenación sacerdotal. Mons. Montini continúa trabajando en la Secretaría de Estado, ocupándose de los universitarios de la FUCI como capellán general y a partir de este año, enseña historia de la diplomacia pontificia en el Instituto Pontificio San Apolinario. Para su retiro en Monte Casino, lo acompaña el P. Giulio Bevilacqua<sup>8</sup>, verdadero padre espiritual de Montini desde sus años de juventud en Brescia en que frecuentaba asiduamente el Oratorio donde los padres ejercían una gran irradiación.

Cuando el P. Bevilacqua acompaña a Don Montini en su retiro en Monte Casino, el motivo queda claro. Desde hace varios meses el oratoriano ha tenido que huir de Brescia donde era perseguido por el régimen fascista. Él bajó a Roma y permaneció primero en la Via Aurelia con los ayudantes de la Acción Católica. Pero enseguida es acogido por Giovanni Battista en el pequeño departamento que él acaba de alquilar sobre el Aventino, calle Terme Deciane 11.

La proximidad al monasterio benedictino del Aventino, sede del colegio y del ateneo que reúnen a monjes jóvenes de todos los países venidos para hacer sus estudios en Roma, le permite también participar en los oficios litúrgicos. Su correspondencia hace referencia a la participación en la liturgia benedictina<sup>9</sup>.

7 Giovanni Battista MONTINI, Carta, 5 sep. 1919, n. 2, *ibid.*, p. 4.

8 Cf. A. FAPPANI, *P. Giulio Bevilacqua prete e cardinale sugli avamposti*, Verona, 1975.

9 Por ejemplo, el 26 de marzo de 1929, escribe a su familia: “Pasaré por lo tanto Pascuas en Roma: iré a San Anselmo para asistir a los oficios. Tengo también necesidad de este silencio”, n. 639, *op. cit.*, t. 2, p. 593. Lo mismo, para Navidad de este año, él habla de su visita a San Anselmo

### c. Los monasterios benedictinos italianos

A los dos lugares significativos de Monte Casino y de San Anselmo, hay que agregar otros numerosos monasterios italianos que han desempeñado un papel importante en la vida de Giovanni Battista Montini. Además del clima de oración, el oficio litúrgico monástico, varios están asimismo vinculados con personalidades monásticas, con circunstancias particulares, con tareas precisas, con encuentros que han marcado su vida personal o de manera más general la vida religiosa, social y política de Italia.

Sin dejar Roma, la abadía San Pablo Extramuros constituye un polo monástico importante para el joven ayudante eclesiástico de la FUCI que conduce allí a grupos de estudiantes para efectuar retiros espirituales breves (los *ritiri minimi*), que dejaron rastros en muchos de los futuros responsables del mundo político, económico, cultural... con el sello de la espiritualidad benedictina. Este retiro se desarrollaba desde el sábado a las 19 horas hasta la mañana del lunes, a las 7 horas. Era muy a menudo conducido por un monje benedictino, por el Hermano de las Escuelas cristianas Alessandro Alessandrini y un sacerdote secular. Don Montini fue un sostén entusiasta de estos retiros, pues esa formulación se adaptaba bien al estilo de la vida moderna. Tomó a menudo parte en ellos con grupos de estudiantes, e impartió allí enseñanzas.

El Padre Abad de San Pablo no es otro sino Dom Ildefonso Schuster, que llegó para ser novicio en San Pablo en 1898, después prior en 1918 y abad, en 1920. En 1929, Pío IX lo nombra arzobispo de Milán, donde permanece hasta que Mons. Montini lo sucede en 1954. Desde 1923, Don Montini mantiene una relación personal con el Padre Abad<sup>10</sup>. Juan Pablo II lo beatificará en 1996.

Su correspondencia da testimonio de sus pasos por los numerosos monasterios benedictinos de la península. El 2 de mayo de 1927, está en Monte Oliveto Maggiore; el 22 de julio en Subiaco. El 3 de marzo de 1928, se encuentra en Praglia. Efectúa a menudo estas paradas espirituales en compañía de amigos de la FUCI.

---

con la tía María Montini.

10 En post-scriptum de la carta del 2 de mayo de 1923, él escribe a su familia: “El Padre Abad Schuster, con quien quería hablar un poco de mis asuntos personales, no estaba en Roma estos días”, n. 199, *op. cit.*, t. 1, p. 204.

Un lugar le es particularmente querido: la ermita de Camaldoli, en Toscana. Pasa allí toda la jornada el 20 de julio de 1927. Según esta carta donde pone precisamente de relieve los valores monásticos que le parecen esenciales, uno siente que esta experiencia monástica no obstante ser breve, lo marca, según la descripción que hace a su familia.

A la mañana temprano [20 de julio], con un pequeño automóvil que habíamos alquilado, subimos a la otra montaña del Casentino: Camaldoli. En Camaldoli, el mundo está, literalmente, de licencia; ha quedado abajo, en el antiguo monasterio de los monjes: un gran convento, ahora utilizado en no sé qué, rodeado de algunas casas, de suntuosos hoteles, todo encajonado al fondo de un pequeño valle, con muy espesos pinares vírgenes. Pero, el camino continúa y llega a la ermita. Aquí, uno encuentra la soledad, verdaderamente salvaje, que edifica, que consuela, que nos hace preguntar si nosotros, hombres sociales, no hemos perdido el criterio, o al menos, uno de los criterios fundamentales de la vida humana y cristiana. Aquí uno encuentra la lozanía silenciosa que parece decir: quédate un momento<sup>11</sup>.

Don Montini vuelve varias veces a Camaldoli, donde se llevarán a cabo a partir de 1936 las Semanas de cultura religiosa, promovidas por el movimiento de los Laureados católicos. En este primer encuentro, él da una conferencia titulada: “Dios en el Nuevo Testamento”. En 1943, se desarrollará una semana especialmente importante durante la cual será redactado “el Código de Camaldoli”, un resumen de los principios llamados a guiar el compromiso cristiano en materia política y social en la postguerra italiana.

#### **d. Los viajes benedictinos**

A lo largo de los meses del verano, Don Montini será con frecuencia, huésped de monasterios benedictinos, ya sea para un retiro propiamente dicho, para un tiempo de descanso, o bien para visitas en el marco de un turismo espiritual.

---

11 Giovanni Battista MONTINI, Carta, 31 de julio 1927, n. 523, *op.cit.*, t. 1, p. 488.

En 1922, visita Austria y Alemania, y hace una etapa en el monasterio de Ettal.

En 1924, como ya vimos, se dirige a Hautecombe, en Savoya; luego, después de una parada en Dijon, del 6 al 30 de agosto, prosigue hasta París para seguir los cursos de lengua y de cultura francesas. Él se aloja en las Benedictinas de la Rue Monsieur. La finalidad de tal estancia es lingüística, literaria y artística, pero no deja de apreciar la atmósfera benedictina del lugar<sup>12</sup>.

En julio-agosto de 1928, emprende, con el P. Ángelo Grazioli y otros amigos, un viaje que, después de un alto en París y en Reims, lo lleva por los monasterios benedictinos de Bélgica y de Alemania. El 19 de julio, llega a Maredsous, que él aprecia. El 27 de julio, está en San Andrés de Brujas. El viaje prosigue con etapas en Maria Laach y Beuron.

Del 22 al 27 de julio de 1930, Don Montini permanece de nuevo en París en las Benedictinas de la Rue Monsieur. No parece que ésta sea una estancia de estudio, como en 1924, pues es muy corta y la correspondencia hace mención de variadas visitas: Reims, Amiens... Parte a continuación para Lourdes, haciendo varias etapas: Chartres, Solesmes, Angers, Tours.

Queridos míos, hemos llegado ayer a la mañana a Lourdes, viniendo de Tours, donde nos habíamos reunido pasando rápidamente por Chartres, Solesmes y Angers<sup>13</sup>.

Podemos detenernos un momento en este breve paso por Solesmes, del que ningún rastro se conserva en los registros o archivos. Sin embargo, pueden leerse estas indicaciones en los recuerdos de Dom Jean Prou, quinto abad de Solesmes, que fue anteriormente procurador de la Congregación de Solesmes en Roma.

---

12 “En 1926, pasé algunos meses en París. Me alojaba en las Benedictinas de la Rue Monsieur. Celebraba la misa en esta capilla donde se reunían el domingo varios escritores franceses convertidos. Me dijeron que esta capilla ahora no está más. Era un lugar de recogimiento, de renovación interior en el centro de París, era la paz benedictina en el tumulto de este mundo”, Jean GUITTON, *Dialogues avec Paul VI*, París, Fayard, 1967, p. 327. En realidad, la estadia se desarrolló en 1924 y duró algunas semanas.

13 Giovanni Battista MONTINI, Carta, 31 de julio 1930, n. 705, *op. cit.*, t. 2, p. 646.



Cuando Mons. Montini fue creado cardenal por Juan XXIII, en el momento en que vino a Roma para el consistorio, yo fui a hacerle una visita *di calore*, y él me volvió a decir que había estado en Solesmes. Como yo me acordaba de que él había ido a Quarr, en el tiempo en que la comunidad de Solesmes estaba allí exiliada, le dije: ¿Es a Inglaterra donde Vuestra Eminencia fue?”. Él me respondió: “Sí, pero fui también a Solesmes en Francia, para ver a Dom Genestout a quien yo conocí en Roma”. Cuando el cardenal Montini llegó a ser papa, supe que era en 1930 cuando había hecho esta visita a Solesmes. En efecto, la Semana religiosa de Angers relataba que él había llegado a Angers para ver a un Sulpiciano que se había retirado allí y que había conocido cuando era seminarista, y se anotaba en este pequeño artículo que él venía entonces de la abadía de Solesmes<sup>14</sup>.

El último gran “viaje benedictino” al extranjero se desarrolla en 1934. Dom Montini pasa por Marsella y París, antes de tomar el barco hacia Havre. El 21 de julio de 1934, llega, con su amigo, Mons. Mariano Rampolla del Tindaro, a quien conoció en la Academia Eclesiástica, a Ryde, sobre la Isla de Wight, y se dirige al monasterio de la Abadía de Quarr, antiguo monasterio cisterciense, en el sitio en el que los monjes de Solesmes construyeron, a partir de 1907, un nuevo monasterio para que les sirviera como lugar de refugio después de las expulsiones de las congregaciones religiosas de Francia.

La carta escrita en Quarr resume las primeras impresiones.

Queridos míos, llegamos en la mañana de ayer, con mal tiempo. Luego, se aclaró para dejarnos ver una isla encantadora, con el mar, los jardines, las construcciones. La abadía es asimismo muy hermosa, moderna, muy bien dirigida: es una dependencia de Solesmes. La hospitalidad muy amable y comfortable. Los guardo siempre en mi memoria, con Dios<sup>15</sup>.

14 Dom Jean PROU, *Souvenirs de mes rapports avec Mgr Montini ou Paul VI*. Nota dactilografiada remitida al autor. Dom Prou precisa que el cardenal Montini le “volvió a decir” que había estado en Solesmes, pues había tenido ya la oportunidad de decirselo durante los contactos que había tenido con Mons. Montini, cuando él era entonces prosecretario de Estado.

15 Giovanni Battista MONTINI, Carta postal, 22 de julio 1934, n. 875, *op. cit.*, t. 2, pp. 788-789.

En una carta que le sigue, vuelve a recordar su estancia en Quarr.

En la mañana del 21, llegamos temprano a Southampton. [...]. El tiempo estaba frío y otoñal; pero cuando, algunas horas después, llegamos en barco a Ryde, el paisaje cambió con el sol que brilló semejante al italiano sobre este cielo. Los lugares son verdaderamente espléndidos: todo está cuidado, todo está cultivado, todo está en orden, un orden que refleja la libertad y la disciplina, el bienestar y el buen gusto. La Abadía de Quarr es una abadía espléndida, construida hace algunos años, con elementos arquitectónicos, especialmente en la iglesia, muy interesantes. Los monjes son franceses. Encontré allí uno de Monte Casino a quien conocía: dom Azzopardi, que nos hizo un buen recibimiento y nos brindó una buena compañía. Igualmente me encontré con Dom Subercaseaux<sup>16</sup>, hermano de un colega de la Academia y del consejero de la embajada de Chile ante la Santa Sede. Nos habríamos quedado durante más tiempo –este era en realidad el proyecto– en este lugar benedictino encantador, si Mons. Riberi no hubiera llegado, a toda prisa y lleno de proyectos, para llevarnos. Partimos con él en la mañana del domingo<sup>17</sup>.

Después de Quarr, el pequeño grupo italiano se dirige, luego de haber visitado las catedrales de Winchester y de Salisbury, al monasterio de Downside.

Durante este viaje, Don Battista visita varias catedrales convertidas en anglicanas, como Glastonbury, Wells, cuya arquitectura gótica admira. Durante algunos días en Londres, asiste a una sesión de la cámara de los Comunes donde el ministro de asuntos extranjeros, John Allsebrook Simon, da informaciones relativas al golpe nazi del 25 de julio en Viena.

Don Montini continuará frecuentando los monasterios benedictinos, tanto en Italia (Camaldoli...) como en el extranjero (por ejemplo Einsiedeln, el célebre monasterio y centro de peregrinación suizo). Pero el 16 de diciembre de 1937, es nombrado sustituto en la Secretaría de Estado, dos años antes del desencadenamiento de la guerra. El 12 de enero y el 15 de mayo de 1943, fallecen

---

16 Se trata de D. Pedro de Subercaseaux Errazuriz, chileno, hermano de Juan, estudiante en la Academia con Dom Montini, y hermano de León, consejero de la embajada.

17 Giovanni Battista MONTINI, Carta, 23 de julio 1934, n. 876, *op. cit.*, t. 2, pp. 789-790.

su padre y su madre, a quienes estaban destinadas las cartas ricas de detalles y apreciaciones, lo que pone fin a una preciosa fuente biográfica.

## II. Los valores benedictinos interiorizados

Al leer la *Regla* de san Benito, uno encuentra que se destacan allí, un cierto número de valores que modelan las actitudes y forman lo que se puede denominar una “personalidad benedictina”, es decir, una personalidad evangélica que por gracia y por elección privilegia tal o cual llamado interior para la imitación de Cristo en la escuela de san Benito.

En Giovanni Battista Montini, se nota un cierto número de influencias espirituales: aquellas que encuentra en su medio familiar, particularmente con san Francisco de Sales, la santa libertad en la cual pueden formar los padres del Oratorio de san Felipe Neri de La Pace, etc. Pero no es algo artificial hablar de un “alma benedictina”.

En la fisonomía espiritual de Giovanni Battista Montini habríamos podido detenernos en muchos rasgos que se pueden calificar de “benedictinos”: una manera de edificar el hombre interior en el desprendimiento y la humildad, el lugar central de Cristo, una afinidad con la *discretio*, un equilibrio en el ejercicio de la autoridad que sin esquivar la responsabilidad tiene siempre en cuenta con respeto el pensamiento del otro, una apertura de corazón y de inteligencia que hace de él un hermano universal, etc. Hemos seleccionado de entre ellos, tres rasgos que nos parecen particularmente significativos. Para calificarlos hemos escogido tres extractos de la *Regla*: “Si busca verdaderamente a Dios” (c. 58), “No anteponer nada a la Obra de Dios” (c. 43), “Se le testimoniará mucha humanidad” (c. 53).

### a. Si busca verdaderamente a Dios, c. 58

Para el postulante que ha pedido entrar en el monasterio y que es conducido al lugar de los novicios a fin de estudiar su vocación, san Benito pone un criterio de discernimiento: “Si busca verdaderamente a Dios”<sup>18</sup>.

---

18 *Regla* de san Benito, cap. 58.

Buscar a Dios constituye el camino real de la vocación monástica, buscarlo verdaderamente poniéndolo en el centro de todo el desarrollo de la jornada. Esta búsqueda de Dios caracteriza a la vida monástica, no el hecho de que toda persona no tenga en un sitio o en otro de su corazón este deseo, un impulso por esta búsqueda de Dios, sino que buscar a Dios constituye la actividad principal del monje, en el sentido de que buscarlo constituye la mejor parte, y de que él está dispuesto a sacrificar todo para vivir esta búsqueda de manera concreta.

En su infancia, el pequeño Battista deja traslucir un temperamento reflexivo, y una tendencia casi innata a la oración. Su hermano Francesco refiere que un día de verano, durante una de las numerosas escapadas por los campos vecinos de la casa de Concesio, al ver que Battista no tomaba parte en los juegos y en la discusión, le preguntó: “¿Qué haces Battista? ¿Por qué no contestas?”. “Déjame tranquilo, estoy por rezar, porque creo que después ya no tendré tiempo”<sup>19</sup>.

Según las confidencias que pudo hacer el mismo papa a su amigo Jean Guitton, es innegable que a esta inclinación natural, sea preciso agregar la influencia de su madre, Giuditta Alghisi Montini.

A mi madre, yo le debo el sentido de recogimiento, de vida interior, de reflexión orante, de oración reflexiva; ella daba ejemplo de una vida totalmente entregada<sup>20</sup>.

Cuando era ayudante eclesiástico de la FUCI, Montini publica, en 1931, en la revista de la asociación, varias meditaciones reunidas bajo el título: la oración del alma. La situación es particularmente crítica. Después de haber firmado el concordato con la Iglesia en 1929, el poder de Mussolini enfrenta a las organizaciones de la juventud de la acción católica, y la FUCI es amenazada en su existencia misma. Es entonces cuando Mons. Montini plantea la cuestión de la búsqueda de Dios, de la experiencia espiritual, de la capacidad de ir hacia Dios, de un modo quizás despojado, donde la sensibilidad no encuentra satisfacción, pero que permite sin embargo a la fe ser conducida por un deseo íntimo.

---

19 Cf. Antonio FAPPANI & Franco MOLINARI, *Giovannibattista Montini giovane 1897-1944*, Torino, Marietti, 1979, p. 34.

20 Jean GUITTON, *Dialogues avec Paul VI*, Paris, Fayard, 1967, p. 75.

¡Ver! Ver: es decir, conocer de inmediato, directamente, fácilmente. Conocer todo, conocer a Dios: esta es la vida, la vida verdadera, la vida eterna.

Yo no quiero presumir de los dones de Dios, no quiero desafiar la luz insostenible de los misterios divinos: no quiero agotar en mi estrecha capacidad de comprender la inagotable fuente de la inefable trascendencia del Ser primero. No pretendo tampoco anticipar con la mirada absorta y totalmente acogedora del místico, alguna experiencia de la futura intuición beatífica. Dios se me escaparía si yo quisiera medirlo.

Pero Él me ha buscado para que yo lo conozca. Me castigaría si yo permaneciera ciego<sup>21</sup>.

Si el deseo de Dios habita el corazón humano, debe ser orientado, modelado, ordenado para poder desembocar en un encuentro. La aguda percepción de la dependencia del ser, es conducida y sobre elevada por la gracia de Dios. Pero, esto no dispensa de una educación, de una ascesis que subyace a toda vida contemplativa auténtica. Buscar a Dios en todas las cosas y en todo instante constituye precisamente el horizonte del monje de san Benito.

Buscar a Dios en Sí mismo y en las cosas. Yo no veré todo: permanece el espejo, permanece el enigma. Pero veré de inmediato. Veré fácilmente. No me sentiré extraño a mi propia vida buscando la vida de Dios. Conquistaré el mundo para conquistar el cielo. Pero, ¿cómo, Señor?<sup>22</sup>.

La búsqueda de Dios constituye la clave mayor de lectura con respecto al desarrollo espiritual de Montini. Actitud interiorizada, ella se integra armoniosamente en su pastoral junto a los jóvenes estudiantes. La búsqueda de Dios, la oración, la vida interior, la articulación de la actividad en la búsqueda espiritual, el diálogo: todos estos temas constituyen la trama de fondo de su servicio educativo. Y uno descubre a san Agustín en el corazón de esta actividad<sup>23</sup>.

---

21 Giovanni Battista MONTINI, "Per riflesso in enigma", en *Colloqui Religiosi*, Quaderno 1 del Istituto Paolo VI, Brescia, Istituto Paolo VI, 1981, pp. 5-6 (p. 5).

22 *Ibid.*, p. 7.

23 "Uno descubre en Montini, nombrado arzobispo de Milán, una prolongada frecuentación de

Buscar a Dios, es en realidad, dejarse encontrar por Dios. Pablo VI vuelve a este tema a menudo en el contexto del misterio de la Encarnación. Para acoger a Dios que nos busca, hay que volverse pequeño, humilde, a fin de quitar los obstáculos que nos impiden ponernos en los pasos de Dios, dejarnos enseñar por Dios, y en primer lugar, por su manera de estar en relación con nosotros. Aceptar responder a Dios que viene a buscarnos, por medio de nuestra propia búsqueda de Dios, hacer de ella la única búsqueda y el solo camino, trae consigo una parte de soledad, y tal vez también una parte de tormento. No se puede ser de Dios más que aceptando perder todo.

Durante la cuaresma de 1938, Mons. Montini, entonces sustituto en la Secretaría de Estado, en una meditación cuyas notas se conservaron, reflexiona sobre la búsqueda de Dios, que titula: “*Adherere Deo bonum est*”. Antes de detenerse en los obstáculos y las deficiencias, y sus remedios, expone toda la importancia de tal búsqueda. Uno advierte allí el giro existencial de este deseo, así como las exigencias que trae consigo.

La búsqueda de Dios es el deber más grande y el bien más grande del hombre.

[...] El hombre se encuentra consigo mismo buscando a Dios. Pone todo su interés, podría decirse, en buscarlo. Y como Dios no es un bien sino el Bien absoluto, esta búsqueda no puede ser un episodio, sino que es toda la historia de la felicidad humana verdadera<sup>24</sup>.

## **b. Nada se anteponga a la Obra de Dios, c. 43**

San Benito atribuye a la celebración de la liturgia, que denomina “Obra de Dios”, una importancia muy particular, constituyéndola como el eje conductor

---

san Agustín, una sintonía de pensamiento que nunca está separada de la vida, sino que llega a ser su alimento, una sintonía ya comenzada cuando era ayudante de la FUCI, una enseñanza cuya fecundidad percibió para el aspecto formador de las conciencias. Montini no se acerca a Agustín como el historiador de su magisterio, sino haciéndose su discípulo para el acompañamiento espiritual de las personas, y, en Milán, para la conducción de la Iglesia que la ha sido confiada”. Cesare PASINI, “Montini alla scuola di Agostino e Ambrogio”, *Notiziario 69*, Istituto Paolo VI, Concesio, 2015, pp. 105-111 (p. 106).

24 Giovanni Battista MONTINI, “Quaresima 1938: La ricerca di Dio”, *Notiziario 51*, Istituto Paolo VI, Brescia, 2006, pp. 7-18 (pp. 7-8).

del desarrollo de la jornada y de la vida del monje. Dedicó doce capítulos a describir su composición, en detalle, y a lo largo de toda la *Regla*, no deja de hacer referencia a la liturgia. En el capítulo 43, enuncia el principio que resume todo su pensamiento: “Nada se anteponga a la Obra de Dios”, y da, en el capítulo 58, entre los tres criterios de vocación, la solicitud por la Obra de Dios.

Cuando Pablo VI piensa al monje benedictino, no experimenta ninguna vacilación para enunciar esta escala de valor que coloca a la oración litúrgica en la cima de las prioridades del monje. Cuando se encuentra con los abades benedictinos, su presentación de la vida monástica no se aparta de esta comprensión.

La oración litúrgica es el bien principal que por nada puede ser sustituido y por el cual, de una manera permanente, la vida interior es como tejida y alimentada. El monje benedictino se entrega a esta oración que se apoya, como sobre su centro, en la celebración del sacrificio eucarístico y la recitación del oficio divino, es decir esta alabanza divina que se denomina el *opus Dei* por excelencia. Él lo hace como si se tratara de la cosa más importante y la más deseable a la cual se entrega de una manera muy especial<sup>25</sup>.

La formación litúrgica del joven Montini fue, como en otros numerosos ámbitos, ecléctica, lo cual no impide, y en este favorece, una gran profundidad. Podemos mencionar a quienes tuvieron una influencia determinante en su formación litúrgica: el Padre Giulio Bevilacqua<sup>26</sup>, que él hará cardenal, y los otros Padres filipinos de la Pace, los monjes benedictinos de Chiari, Dom Emanuele Caronti, el P. Maurice Zundel. El P. Bevilacqua, que había estudiado en Lovaina y frecuentado a Mont-César, regresó entusiasmado por el movimiento litúrgico que estaba naciendo allí.

---

25 PABLO VI, “Discurso a los abades benedictinos, 30 de septiembre 1970”, *Documents pontificaux de Paul VI, 1970*, Saint-Maurice, Éditions Saint-Augustin, Saint-Maurice, pp. 621-622.

26 En la apertura del Congreso litúrgico diocesano de Verona, el 14 de septiembre de 1957, el que se había convertido en arzobispo de Milán, dirá en su alocución acerca del P. Bevilacqua: “Yo le debo gran parte de mi amor por la santa liturgia”. Cf. *Rivista Diocesana Milanese* 1957, t. 47, p. 10.

Precisamente en La Pace, el P. Bevilacqua pondrá en práctica todo lo que había visto y experimentado en Bélgica y en casa de Dom Caronti. La pastoral litúrgica que insiste en la vida litúrgica como lugar de progreso espiritual, como edificación de la comunidad... hará de La Pace una comunidad litúrgica calificada como “modelo” por Dom Caronti. El enraizamiento de la vida espiritual en la acción litúrgica parroquial vivida e interiorizada, será el rasgo predominante del pensamiento y de la obra del maestro espiritual del futuro papa.

En ese mismo tiempo, el joven Montini frecuenta asiduamente el monasterio de Chiari. Más tarde, el papa Pablo VI hará esta confidencia a Mons. Marc Lallier, entonces arzobispo de Marsella: “Eran los tiempos de mi juventud. Pensaba en el sacerdocio y me preparaba allí. Conocí mucho a Dom Gauthey, el abad de esa época, y sobre todo recé prolongadamente con los monjes. Me vuelvo a ver solo con ellos, al atardecer durante el canto de completas. Ellos marcaron profundamente mi alma”<sup>27</sup>. Soledad, presencia de Dios, liturgia monástica: estamos aquí en un registro diferente del de la liturgia parroquial, en una dimensión no opuesta sino complementaria.

En Montini, cohabitarán siempre dos dimensiones litúrgicas: una línea que podríamos llamar pastoral –con la necesidad de la formación didáctica y la participación activa de toda la comunidad– y una línea que podría ser denominada contemplativa, monástica. Los dos polos no se oponen y ambos están enraizados en la primacía y la nobleza de la oración litúrgica, en el “nada se anteponga al *Opus Dei*” de la *Regla* de san Benito.

Para las comunidades sujetas a la oración coral, y especialmente para las comunidades monásticas, su profundo anhelo era la conservación del latín y del canto gregoriano. Es muy claro en su carta apostólica *Sacrificium Laudis*.

No hay que minusvalorar las tradiciones de vuestros padres que a lo largo de todos los siglos han constituido vuestra gloria. Este modo de recitar el oficio divino en el Coro fue una de las principales razones de la solidez y del desarrollo feliz de vuestras familias. [...] ¿Qué lengua, qué canto os parecen poder en la situación presente reemplazar a estas

---

27 *Bulletin religieux de Marseille*, 1964, p. 159.



formas de la piedad católica que vosotros habéis utilizado hasta ahora? Es necesario reflexionarlo seriamente a fin de que las cosas no se tornen peores una vez abandonada esta preciosa herencia<sup>28</sup>.

Aun conservando sus convicciones íntimas, Pablo VI siempre será receptivo de las evoluciones y necesidades que se abren camino, y que se unen ellas también a las conclusiones a las que llega durante su episcopado milanés, pero que ya estaban en germen en sus años de juventud. Así, al recibir a los abades benedictinos por última vez, él une la dignidad de la liturgia a las exigencias pastorales.

Después de la reforma litúrgica promovida por la Iglesia, vosotros tenéis la tarea particular, en la medida de vuestras posibilidades, de hacer que las celebraciones sean dignas, que los fieles las comprendan mejor y participen en ellas más activamente<sup>29</sup>.

Como prueba, si hiciera falta una, de que la teología y la espiritualidad litúrgicas de Montini tienen raíces benedictinas, nosotros podemos hojear la presentación escrita cada año para el nuevo ordo ambrosiano. En 1962, se encuentra allí como un resumen del pensamiento del arzobispo quien se dirige a sus sacerdotes y se respalda en la *Regla* de san Benito.

¡El deber de la oración! Muy queridos colegas, cuán fuerte es, cuán suave es, semejante al yugo de Cristo, este deber, al que a cada momento las páginas del calendario litúrgico nos convocan. [...] Nosotros hemos elegido esta orientación. Ella ha sido infundida en nosotros por nuestra vocación y ha sido confirmada por la Ordenación. Nos ha separado de toda otra profesión profana. Ha hecho que llegáramos a ser sacerdotes, es decir intermediarios entre Dios y los hombres. Si tal es nuestro deber de oración, qué importancia adquiere en nuestra estima y en nuestra actividad. Prevalece sobre todo. Domina todo. Marca todo. Absorbe todo. “Nada anteponer a la Obra de Dios” nos ha enseñado san Benito; y la Iglesia maestra hizo suya para nosotros tales palabras, justamente

---

28 PABLO VI, Carta Apostólica *Sacrificium Laudis*, 15 de agosto de 1966.

29 PABLO VI, Alocución a los abades benedictinos, 23 septiembre 1977, *Documents pontificaux de Paul VI*, 1977, Saint-Maurice, Editions Saint-Augustin, Saint-Maurice, pp. 503-506 (p. 504).

para hacer de nosotros, personas principalmente destinadas a este deber”<sup>30</sup>.

En la carta pastoral de 1958 que contiene las convicciones más afianzadas del arzobispo de Milán, es conveniente retener la conclusión que se relaciona con la más auténtica tradición benedictina.

El hombre tiene necesidad de oración: en ningún momento la vida humana se manifiesta con tanta plenitud, con tanto poder, con tanta sinceridad, con tanta bondad, como en la oración. Y la oración más excelente por su autoridad, por su forma, por su historia, es la liturgia. Ella es la más poderosa: pues contiene, no sólo el gemido del hombre que implora, sino la Presencia operante de Dios. Es la única indispensable, la única obligatoria<sup>31</sup>.

El primado del *Opus Dei* no se verifica en las homilías y las conferencias que pueden darse con gran convicción interior. Es una dimensión de la existencia del monje, del sacerdote, del cristiano en búsqueda de Dios, que anhela una relación que sea lo menos posible con intermitencias. Esta dimensión se encarna en las circunstancias de la vida. Podemos concluir con lo que refiere Mons. Pasquale Macchi, su secretario.

Algunas veces, el arzobispo participaba en la salmodia de los canónigos de la catedral. La recitación de los salmos podía ser muy precipitada y sin armonía, lo que turbaba para la concentración. Monseñor Montini, cuando regresaba al arzobispado, se dirigía a la capilla y quería recitar de nuevo conmigo el oficio divino que acababa de recitar en la catedral. Una vez, yo me permití decirle que, en el fondo, la recitación ya había sido hecha y que podía considerársela válida. Él simplemente me respondió: “Si usted no siente que hay que hacerla, entonces ya la diré solo”<sup>32</sup>.

---

30 Inos BIFFI, “Ricchezze di umili e aridi libretti. Le presentazioni del calendario liturgico ambrosiano», *Notiziario 10*, Istituto Paolo VI, Brescia, 1985, pp. 29-51 (p. 50).

31 Giovanni Battista MONTINI, “L’educazione litúrgica. Lettera pastorale. 2 febbraio 1958”. *Discorsi e scritti milanesi*, t. 2, Brescia, Istituto Paolo VI, 1997, pp. 1931-1954 (pp. 1951-1952).

32 Cf. Andrea TORNIELLI, *Paolo VI. L’audacia di un papa*, Milano, Mondadori, 2009, p. 225.

### c. Se le testimoniará mucha humanidad, c. 53<sup>33</sup>

En el breve *Pacis Nuntius*, que proclama a san Benito patrono de Europa, Pablo VI afirma que san Benito y sus hijos hicieron surgir una era nueva en este continente proporcionando el progreso cristiano por medio de la cruz, del libro y del arado. Con estos tres símbolos, se indican tres facetas de la civilización: el Evangelio y los valores espirituales, la cultura, y el desarrollo humano. Hemos visto la primacía de la cruz en los capítulos precedentes. Podemos explorar este tema muy presente en la reflexión de Montini: el aporte, o incluso la función materna del monacato benedictino en la cultura humana occidental.

En este mismo día, 24 de octubre de 1964, Pablo VI se dirige al monasterio de Monte Casino para consagrar la iglesia restaurada después de las destrucciones de la guerra. La homilía que pronuncia en esa oportunidad constituye un resumen de sus convicciones íntimas sobre la vida monástica, y el lugar que ésta última puede ocupar en la constitución de un nuevo universo cultural. En resumen el papa esboza el aporte del monacato al humanismo en elaboración en algunos rasgos esenciales. Volvemos a encontrar allí pues esta *humanitas* de la que habla san Benito en el capítulo 53<sup>o</sup> de su *Regla*, donde trata de la recepción de los huéspedes<sup>34</sup>.

Esta *humanitas* se caracteriza por la primacía de la persona y de la vida personal, que toma distancia de la hipertrofia de un tipo de vida social en gran parte prisionera de la exterioridad y la superficialidad.

La excitación, el ruido, la agitación febril, la exterioridad, la multitud, amenazan la interioridad del hombre. Le falta el silencio con su auténtica palabra interior, le falta el orden, la oración, la paz. Se siente privado

33 Estimamos que la cita corresponde a RB 53,9: *omnis ei exhibeatur humanitas*. NdT.

34 Un comentarista alemán escribe: “Aunque el Padre de la Orden monástica no hubiera escrito más que este capítulo, constituiría un acontecimiento en la historia de la cultura occidental. En ninguna otra parte en toda la *Regla* afloran los valores naturales del hombre tan bien expresados como aquí. No solamente porque se habla explícitamente de *humanitas*, sino porque todos los detalles del contexto respiran un espíritu de profundo respeto y un amor generoso. Benito se revela allí como el representante de una auténtica humanidad”, G. AULINGER, *Dass Humanum in der Regel Benedikts von Nursia*, Erzabtei St Ottilien, 1950, p. 229, citado en André FRACHEBOUD, “*En toute humanité*. L’Entour d’un mot de saint Benoît”, en *Collectanea Cisterciensia* 1991, t. 53, pp. 59-74 (p. 59).

de sí mismo. Para reencontrar el señorío y la disposición espiritual de sí mismo, tiene necesidad de golpear la puerta del claustro benedictino<sup>35</sup>.

Pero, y esto es característico del caminar de Montini, el humanismo monástico no se sitúa en conflicto o en rechazo del humanismo moderno, aun cuando no se deba silenciar el exigente trabajo de discernimiento, sino en diálogo con él, en una relación de complementariedad, de intercambio, de mutua fecundación. Tal era el sentido de su visita a la ONU, el 4 de octubre de 1965, en la cual Pablo VI se presenta como “experto en humanidad”<sup>36</sup>. Para Pablo VI, el monje, el hombre recuperado con respecto a sí mismo, no tiene solamente una función en la Iglesia, sino también en el mundo.

Entre los valores monásticos que constituyen como un marcador de la calidad de una cultura humana<sup>37</sup>, de la *humanitas*, nos detendremos en una actitud, un estado de espíritu, un modo de ser que son emblemáticos de la personalidad de Pablo VI y que se deben también a su conocimiento experiencial de la vida monástica: el diálogo.

Si para san Juan Crisóstomo “Dios está constantemente en diálogo con el hombre”, es igualmente una indicación fundamental de la actitud que el hombre debe tener frente a Dios y en todos los ámbitos de su vida personal. Puede comprenderse por lo tanto perfectamente a la vida monástica como un diálogo: una iniciativa y una respuesta que se continúan a lo largo de los años. Este diálogo viviente y creativo con Dios, forma la actitud profunda del monje que hace de él

---

35 PABLO VI, Homilía en la consagración de la basílica de Monte Casino, 24 de octubre de 1964, *Documents pontificaux de Paul VI, 1964*, Saint-Maurice, Éditions Saint-Augustin, Saint-Maurice, pp. 856-862 (p. 860).

36 «Como “expertos en humanidad” proporcionamos a esta organización el voto de nuestros últimos predecesores, el de todo el episcopado católico y el nuestro, convencidos como Nos lo estamos de que esta organización representa el camino obligado de la civilización moderna y de la paz mundial», PABLO VI, Discurso en la ONU, 4 de octubre 1965, *Documents pontificaux de Paul VI, 1965*, Saint-Maurice, Éditions Saint-Augustin, Saint-Maurice, pp. 519-527 (p. 520).

37 Puede estudiarse asimismo el uso que Casiano, –de quien el monacato es deudor, incluido el monacato benedictino–, hace del sustantivo *humanitas*. “De todos estos textos [de las Conferencias y de las Instituciones] se desprende que no se podría restringir el sentido del vocablo *humanitas* al único aspecto material de la hospitalidad. Casi siempre el vocablo significa al mismo tiempo los sentimientos que supone la acogida de los huéspedes: compasión, bondad, condescendencia, cordialidad”, André FRACHEBOUD, *op. cit.*, p. 66.

un experto del diálogo, un “experto del encuentro”, según la expresión utilizada a menudo por el papa Francisco en sus discursos a los religiosos.

Al leer con atención la *Regla* de san Benito, uno descubre que el diálogo está por todas partes, diálogo fundamentado en la iniciativa tomada por Dios frente al monje y la comunidad monástica en su conjunto.

En el capítulo 2, se ve al abad establecer diálogo con los turbulentos y los mansos. En el capítulo siguiente, se ve al abad convocar a toda la comunidad tan pronto como hay un asunto importante que tratar, y cada uno es llamado a dar su parecer, cualquiera sea su rango o su edad: joven, anciano, antiguo esclavo, noble... Lo que no puede más que asombrar cuando sabemos cuánto el elitismo marcaba la cultura ambiente. Los hermanos son formados en el diálogo: destierran la arrogancia pero dan su parecer con toda simplicidad, sin respeto humano. Los capítulos que siguen presentan el clima del diálogo: obediencia, silencio, humildad. Lo que no suprime el diálogo, sino que le da su ambientación, su calidad. Podríamos asimismo consultar los capítulos 27 y 31, que dan indicaciones preciosas. Varias veces en la *Regla*, san Benito fustiga el vicio de la murmuración<sup>38</sup>. La murmuración es precisamente el síntoma de la ausencia de diálogo. El capítulo 68 sobre las cosas imposibles mandadas a un hermano es igualmente un pequeño tratado sobre el diálogo. Se habla allí de mansedumbre, de obediencia, de diálogo paciente, en el tiempo oportuno, de exposición confiada de los motivos, y de la obediencia por amor. El capítulo 72 ofrece igualmente indicaciones preciosas sobre el diálogo entre los hermanos dentro de la comunidad.

Esta mirada de conjunto no es más que una rápida enumeración de los puntos existentes en la *Regla* para una verdadera teología del diálogo como puesta en práctica del pensamiento de san Benito, dentro del dinamismo de la búsqueda de Dios, del diálogo como manera de vivir la *humanitas*.

Puede subrayarse la afinidad que existe entre este modo benedictino de entrar en relación y la concepción y la práctica del diálogo en Montini. Por supuesto, uno de los textos mayores sigue siendo la encíclica *Ecclesiam Suam*, escrito, si lo hay, personal y programático.

---

38 “Ante todo, que el mal de la murmuración no se manifieste por ningún motivo en ninguna palabra o gesto. Si alguno es sorprendido en esto, sométaselo a una sanción muy severa” (*Regla* de san Benito, cap. 34).

La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio<sup>39</sup>.

El diálogo no es una realidad periférica, sino que constituye el modo de ser Iglesia en el anuncio del Evangelio. La tarea de la Iglesia es ir al encuentro del hombre, de la cultura contemporánea, de la sociedad moderna adoptando la forma que conviene a esta relación que hay que entablar: el diálogo. Y Pablo VI coloca el diálogo de la Iglesia en la prolongación del diálogo de Dios con los hombres, diálogo que encuentra su punto culminante en la Encarnación.

Pablo VI enumera a continuación los cuatro caracteres del diálogo: la claridad, la afabilidad o mansedumbre, la confianza, la prudencia. Este diálogo es “un arte de comunicación espiritual”. Así como Dios supo, y sabe, comunicarse con el hombre, nosotros, por nuestra parte, debemos ser expertos en comunicación. Entre la claridad y la prudencia, se encuentran dos características significativas de la familiaridad con un gran comunicador, muy leído e imitado en la familia Montini: san Francisco de Sales. Para la mansedumbre, Pablo VI precisa:

El diálogo no es orgulloso; no es hiriente; no es ofensivo. Su autoridad le es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato ni una imposición. Es pacífico; evita los modos violentos; es paciente; es generoso<sup>40</sup>.

Tenemos aquí una página que podría ser calificada como benedictina, en la línea de la célebre *discretio*. Pueden añadirse estas líneas que tratan de la cuarta característica, la prudencia:

Ella tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del oyente. [...] Se esfuerza también por conocer su sensibilidad y por adaptarse razonablemente y modificar las formas de la propia presentación para no serle molesto e incomprensible<sup>41</sup>.

---

39 PABLO VI, *Ecclesiam Suam*, 6 de agosto 1964, *Documents pontificaux de Paul VI, 1964*, Saint-Maurice, Éditions Saint-Augustin, Saint-Maurice, pp. 652-695 (p. 678).

40 *Ibid.*

41 *Ibid.*, pp. 682-683.

El diálogo, promovido por Pablo VI, como medio privilegiado de anunciar el Evangelio, quiere ser respetuoso de la persona con quien se entabla, y de la seriedad de la iniciativa que pertenece siempre al Espíritu Santo.

En el diálogo se descubre cuán diversos son los caminos que conducen a la luz de la fe y cómo es posible hacer que converjan a este fin. Aun cuando esos caminos sean divergentes, pueden llegar a ser complementarios, empujando nuestro razonamiento fuera de los senderos comunes y obligándolo a profundizar en sus investigaciones y a renovar sus expresiones<sup>42</sup>.

Para Pablo VI, el diálogo, el coloquio, es el modo que ha elegido para ejercer su ministerio apostólico. Quiere poner al servicio de la Iglesia y del mundo el arte de la comunicación espiritual que ha experimentado desde su juventud. La actitud fundamental del papa y de la Iglesia está expresada claramente.

Nadie es extraño al corazón de la Iglesia. Nadie es indiferente para su ministerio. Para ella, nadie es un enemigo, a menos que él lo quiera ser por su parte<sup>43</sup>.

Jean Guitton ha definido bien la naturaleza del diálogo practicado por Pablo VI. “El diálogo de Pablo VI no es un arte de mostrar su propio espíritu [...]. Se trata de buscar la verdad en el otro y en sí mismo; se trata de entrar sin cesar en contacto con un espíritu diferente pero igualmente enamorado de la verdad: en su exactitud, su pureza, yo diría en su matiz supremo. [...]. Se trata de pensar en común, de estar dispuesto sin cesar a corregirse a sí mismo por el parecer del otro; se trata de hacerse ayudar por su adversario en la búsqueda de lo que es. Si esta manera honesta y modesta de pensar fuera aplicada, no habría necesidad de elocuencia: contendría en sí misma, por su mismo ejemplo, una fuerza de persuasión”<sup>44</sup>.

Diálogo, sí; sin embargo, Pablo VI mantiene muy claramente el derecho y la necesidad de la toma de la decisión última por parte de la autoridad, decisión que

---

42 *Ibid.*, párrafo 32.

43 PABLO VI, *Ecclesiam Suam*, *op. cit.*, p. 686.

44 Jean GUITTON, *Dialogues avec Paul VI*, Paris, Fayard, 1967, p. 196.

debe ser recibida con una mirada teologal. Estamos frente a una característica del gobierno de Montini: su manera de unir el respeto al otro en actitud permanente de diálogo, y la autoridad absoluta de la palabra de aquel que ha recibido el mandato. Advertimos igualmente una gran proximidad entre el ejercicio de la autoridad en Pablo VI y la *Regla* benedictina.

Para concluir estas reflexiones sobre el humanismo de Montini, caracterizado por la elección del diálogo, muy afín con la manera benedictina de aproximarse a los demás, podemos releer este retrato que recoge el testimonio de muchas personas.

Cada encuentro con él, inclusive el de un momento, es una experiencia humana que renueva y deja una huella, que a veces conmociona. Hace sentir que algo de sí se comunica al interlocutor, quien no puede permanecer indiferente. Es su afecto, su simpatía, su calidez humana que te hace sentir su igual, que te hace sentir cómodo y que te hace comprender que él te necesita, que cuenta contigo, y vas a hacer de todo para no hacerlo sufrir y para colaborar con él. Se presenta con discreción, casi inadvertidamente, pero no te sustrae de la mirada penetrante de sus ojos gris-azulados. No es explosivo, sino persuasivo; da ánimo y confirma con palabras hechas expresamente para ti, que no habrías sospechado. Sus palabras resuenan en tu interior por largo tiempo, y después de años, las recuerdas todavía claramente como piedras miliarenses en tu vida. Y su paternidad, su don y su disponibilidad, hacen sentirlo como totalmente atento a aquel con quien está, como si sólo él existiera. Tiene una capacidad ilimitada de acogida y de apertura. Nadie le encuentra extraño o no preparado<sup>45</sup>.

## Conclusión

Ya hemos mencionado la nota dactilografiada de Dom Prou en la que relataba los recuerdos de sus encuentros con Pablo VI. Los temas abordados por el papa con el Padre Abad son variados: Dom Guéranger, la liturgia, el canto gregoriano.

---

45 Romeo Panciroli, "L'ottantesimo genetliaco di Paolo VI", en *Notiziario 11*, Istituto Paolo VI, Brescia, 1985, pp. 86-92 (p. 88).



Me encontré con Pablo VI en el curso de una audiencia que me había concedido hacia fines de 1974. El Santo Padre me habló de Dom Guéranger, de quien se festejaría el 100° aniversario de su muerte el 30 de enero siguiente. Le ofrecí un álbum de fotografías de Dom Guéranger que Dom Le Corre le había preparado. Pablo VI se puso a mirar tranquilamente las fotografías, pero exclamó: “¡Oh! ¡Los ojos!”, cuando llegó a la fotografía del retrato hecho por Gaillard. Se puso a hablar de Dom Guéranger diciéndome que había aprendido mucho de él. Y agregó: “Ustedes, los benedictinos, no buscan beatificaciones o canonizaciones, pero Dom Guéranger podría ser beatificado”. Yo le dije entonces: “Santísimo Padre, cuando Mons. Roncalli era nuncio en Francia, iba a menudo a Solesmes; vino diez veces. Un día, quiso venir a celebrar la misa aniversario del deceso de Dom Guéranger, pues lo veneraba mucho desde su infancia y aprendió el francés, en parte, a partir de los 14 años, leyendo el Año Litúrgico”. Ese día, nos dijo: “Si yo fuera papa, canonizaría a Dom Guéranger”. Y yo concluí: “Él fue papa y no canonizó a Dom Guéranger”. Pablo VI se puso a reír y, levantando los brazos al cielo como hacía a menudo, me dijo: “¡Pero él no tuvo tiempo! Quizás su humilde sucesor...”.

Más tarde, continúa Dom Prou, durante los días que permanecí en Roma, Pablo VI me pidió cinco veces que hiciera todo lo que pudiera para salvar el canto gregoriano. Una vez incluso, empleó las palabras: “Le suplico que haga todo lo que usted pueda para salvar el canto gregoriano”. Una vez o dos, me felicitó por lo que hacíamos en Solesmes. Entendí que se trataba de la manera como nosotros celebrábamos la liturgia. Como hice entonces una pequeña mueca de modestia, que quería decir, y quizás lo dije: “No hacemos nada de extraordinario”, él agregó de manera categórica: “Sé lo que ustedes hacen, y les estoy agradecido”<sup>46</sup>.

Estas reflexiones del papa parecen más actuales de lo que aparece a primera vista. La sensibilidad benedictina de Pablo VI encontraba en el corazón de los monjes benedictinos un eco particular. Muchas tensiones y crisis habrían

podido ser evitadas, en los años que siguieron al Concilio, si se hubiera acogido con un corazón más dócil la senda trazada por Pablo VI, con su *discretio* muy benedictina.

Vemos cómo la vida monástica benedictina marcó profundamente a Giovanni Battista Montini. Interiorizó valores esenciales de ella, los cuales dieron forma a varias de sus elecciones, a varias de sus actitudes: la búsqueda de Dios, la primacía de la liturgia, un humanismo monástico. Pero, precisamente en la medida en que los valores esenciales eran vividos auténticamente, la vida monástica benedictina jamás fue concebida por él como una conservación o el intento de recrear una época que ya no existía más. Por el contrario, una vida monástica con una identidad clara, podía entrar en diálogo con las culturas, con el mundo, con los hombres y las mujeres de horizontes diversos, dondequiera ellos estuvieran en una búsqueda espiritual. En este campo como en otros, Pablo VI sabía que la Tradición verdadera no podía ser más que una Tradición abierta.

*Abbaye Saint-Pierre*  
*F-72300 Solesmes*  
*FRANCIA*